

PERIODO DE LAS NACIONALIDADES.

Subdivisiones: 1.ª Disolución del Poder teocrático.—2.ª La Monarquía y el Feudalismo.—3.ª Los Pueblos Nuevos.

DISOLUCIÓN DEL PODER TEOCRÁTICO.

(Siglos XIV y XV.)

1. Bonifacio VIII y Felipe IV de Francia.—2. Los papas en Avignon y la situación de Europa.—El Cisma de Occidente y los Concilios.

1. Con Bonifacio VIII (uno de los juristas más famosos de su época, nombrado papa en vida de su antecesor, el monje simplísimo Celestino V á quien probablemente había obligado á abdicar) llega á su plenitud la teoría teocrática, pero los hechos la desmienten y la burlescan. Millares de peregrinos habían llevado á S. Pedro su homenaje y su óbolo en el jubileo con que se abrió en Roma el Siglo XIV; en esa inmensa fiesta de la cristiandad, Bonifacio VIII se mostró con las dos espadas, la espiritual y la temporal, como papa y emperador á la vez "porque, decía, Cristo ha dado la espada, símbolo de la fuerza espiritual á la Iglesia, y la otra, la fuerza temporal, á los reyes, pero para servicio de la Iglesia." Pocos años después el pontificado en Avignon era una especie de departamento de la administración francesa ¿qué había pasado?—Felipe IV de Francia, el Hermoso, como le llaman las crónicas, educado en la devoción y en el culto del poder absoluto, por uno de los legistas de aquella época, ascendió al trono después de muerto su padre, Felipe III, á consecuencia de la desastrosa expedición á España, resuelto á llevar á la práctica sus estrechas ideas de centralización y de despotismo administrativo; la Iglesia luchaba en todas partes contra las tendencias absolutistas, menos por amor á la libertad, que por miedo á ver constituirse poderes laicos demasiado fuertes, que escapasen á su acción política. Felipe que se vió empeñado en serias guerras contra el rey de Inglaterra y los flamencos, que con sus milicias urbanas sólidas y heroicas vencieron alguna vez á sus mejores oficiales, necesitaba dinero sin tasa y decretó impuestos gene-

rales que comprendían á las riquísimas propiedades de la Iglesia; el Papa, á pesar de ser manifiestamente favorable á la corona de Francia, reclamó y comenzó la lucha, que terminó en una tregua; á poco se renovó por la persecución de un obispo á quien Bonifacio defendía, y el papa reunió asambleas y lanzó tres famosas bulas, amonestando primero y al fin excomulgando al rey. Felipe quiso, en el tremendo conflicto que se preparaba, contar con la complicidad de la nación toda.—Entonces se celebraron en *Nuestra Señora* de Paris los primeros *Estados Generales*. Las clases ú ordenes de la sociedad francesa libre se llamaban en Francia *Estados*, como en España *Brazos*; eran tres: el clero, la nobleza y una tercera entidad que se llamó simplemente *el Tercer Estado*. ¿Quiénes lo componían? Los procuradores de la burguesía del rey; porque todas las ciudades que habían reconocido las franquicias limitadas que el rey había asignado á una de ellas, Lorris, eran comunas reales y lo mismo sucedía con los burgueses; su condición era superior á la de los domiciliados en las comunas juradas, porque éstos sólo eran ciudadanos en sus ciudades y los del rey en todas las de Francia que estaban en el caso de la de Lorris; estos burgueses reales comenzaron á llenar los consejos del rey, los *parlamentos* ó tribunales de apelación, los obispados, etc.; entre ellos se reclutaban *los legistas*, agentes decididos del absolutismo contra la Iglesia y la nobleza. Ya habían formado parte de varias asambleas deliberantes cuando Felipe los llamó á la asamblea general de los Estados. Ellos formularon la teoría legal del absolutismo laico: "la franquicia soberana de esta tierra [Francia] es tal, que vos [el rey] no reconocéis, en lo temporal, ningún poder en el mundo fuera del de Dios." La lucha entre Felipe y Bonifacio fué terrible; el anciano pontífice fué personalmente ultrajado por los enviados del rey, y murió, soberbio y digno, pero lleno de ira y de pesar. El rey logró hacer nombrar papa á un obispo francés que trasladó la capital pontificia á Avignon.—La primera señal de la dependencia del nuevo papa fué la supresión de la orden del Templo. De las tres grandes órdenes militares, la más rica era la de los *Templarios*; reconcentrada en Europa después de la pérdida de la Siria cristiana, se consagraba con habilidad notable á sus funciones financieras; sus casas ó encomiendas principales, verdaderas fortalezas, eran bancos de depósito de primera importancia; desde el siglo XIII, ese dinero depositado, puesto en movimiento, aumentaba el caudal de la compañía y los templarios abrieron cuentas á los reyes y

á los papas; eran los banqueros de la cristiandad. Precisamente lo eran de Felipe el Hermoso, que siempre urgido de moneda, al grado de falsificarla, según se cuenta, tenía una deuda considerable con el Templo; suprimir la orden y confiscarle sus bienes, era un modo eficazísimo de saldarla y tal es el verdadero secreto de aquella célebre medida; inútil es buscarlo en otra parte. Los medios fueron: excitar la animosidad del pueblo, ya ardiente contra aquella potencia financiera, tan altiva como poco caritativa, haciendo hincapié en las malas costumbres que reinaban entre los templarios, gracias á su riqueza y á su largo contacto con los orientales y abultándolas hasta la monstruosidad; hacer de la heregía el cargo principal para forzar la complicidad del papa. Un descendiente de los albigenses, Nogaret, hecho *ad hoc* canciller de Francia, y que había sido el alma de la lucha contra Bonifacio VIII, se encargó de levantar aquellas calumnias gigantescas, como había hecho con el papa, de propalarlas y de asegurar por medio de un golpe instantáneo la supresión. Lo que siguió fué espantoso; la inquisición, es decir, los dominicos, fueron un instrumento de infinitas torturas; el papa tergiversó y cedió miserablemente en todo; el gran maestre fué al fin ejecutado y poco tiempo después murieron el rey Felipe y Clemente V.

2. Los italianos güelfos llamaron á la época en que los papas permanecieron en Avignón *la Cautividad de Babilonia*; jamás perdonaron á los pontífices haber abandonado á Roma, en donde, con excepción de diez ó doce, todos los papas habían sido perseguidos, sin embargo, ó por el pueblo, ó por las facciones nobles, durante los cinco últimos siglos. Pero ciertamente la situación del *Santo Imperio*, é Italia formaba parte de él, era gravísima.

ALEMANIA.—Lo que quedó bien demostrado en Alemania durante el Siglo XIV, fué la extraordinaria vitalidad del feudalismo y de las burguesías y, en cambio, la reducción del imperio á un vano nombre. A principios del siglo tornaron los electores á confiar la corona á un Habsburgo, Alberto de Austria, que gastó toda su energía en combatir á los suizos rebeldes y victoriosos, y que fué asesinado. En 1308 fué elegido Enrique de Luxemburgo, que, como habían hecho los Habsburgos con Austria, logró adquirir para su familia el reino de Bohemia. Este Enrique VII fué quien exaltó tanto las esperanzas de los gibelinos, del gran Dante entre ellos, en un infructuoso viaje que hizo á Italia. Tras él vino la guerra civil, porque hubo dos emperadores, Luis de Bavie-

ra, constantemente perseguido por los anatemas del papa inspirado por el rey de Francia, y Federico de Austria, cuyo hermano Leopoldo fué vencido por los suizos en Morgarten y él mismo poco después por su competidor, cuyo partido habían abrazado con entusiasmo las ciudades libres del imperio. La lucha de Luis de Baviera con el papa Juan XXII tomó serias proporciones; el bávaro entronizó en Roma á un efímero anti-papa y las grandes dietas alemanas declararon absolutamente independiente el imperio del papado. Sin embargo, un nieto de Enrique de Luxemburgo é hijo de Juan, el caballeresco rey ciego de Bohemia, Carlos de Moravia, fué elegido emperador en vida de Luis que murió poco después (1346). Carlos IV fué un excelente rey de Bohemia, pero fué un triste emperador; cuando hizo su viaje á Italia, los toscanos le llamaron *el mercader de feria*, porque sólo se ocupó en hacer dinero aun á costa de sus partidarios. Él fué quien arregló por medio de la famosa *Bula de oro* la elección de los emperadores, que quedó confiada á los obispos de Maguncia, Treveris y Colonia, y al rey de Bohemia, al conde palatino del Rhin, al duque de Sajonia y al margrave de Brandeburgo. Carlos IV dejó la corona á su hijo Wenceslao, que se concentró en Bohemia y abandonó el imperio á sí mismo. Ya entonces había estallado el gran cisma de Occidente (1378).

ITALIA.—Mientras el imperio se convertía en puramente germánico, la península, sin el papa ni el emperador, se alejaba irremisiblemente de la unificación, el sueño eterno de los grandes italianos. En cambio se acercaba irremisiblemente también á la tiranía; la guerra incesante había creado, como en la Grecia decadente, la profesión militar mercenaria; hombres bravos, sin fe ni ley, empresarios de guerras, trataban por un sueldo con las ciudades, reclutaban partidas ó compañías de foragidos y luchaban entre sí, de modo que la guerra se prolongase indefinidamente, porque era su negocio. Expiados recelosamente por sus patronos, los *condottieri*, que así se llamaban estos jefes de banda, trataron, cuantas veces hallaron para ello coyuntura, de convertirse en tiranos, en señores sin deberes de los pueblos que en ellos confiaban ¡y cuántos lo lograron! Jamas habían sido tan robustas la inteligencia y la actividad en Italia, ya lo hemos dicho, y á ellas correspondía una prosperidad sin tasa; mas el problema eterno de la conciliación de la libertad con el orden no pudo resolverse sino á expensas de la primera, gracias á las divisiones incurables de aquellas tumultuosas burguesías; divisiones entre las familias que se asesinaban de generación en

generación, entre la burguesía *magra* y la burguesía *grasa*, entre gibelinos y güelfos, entre los que tenían ó no tenían; frecuentemente las ciudades se daban omnipotentes dictadores, como para ensayarse en la servidumbre, y luego, á cada revolución sucedía una Constitución nueva, hecha, no en interés general, sino en el de un partido, como dice Machiavelli, y todo el partido contrario salía expulsado de la ciudad, y todos los expulsados, cuyos bienes eran confiscados, vagaban por los ámbitos de Italia, clamando venganza contra su patria.—Al Norte la familia, episcopal en su origen, de los Viscontis, se apodera de Milán y después de la desaparición de los *de Romano* y al través de frecuentes vaivenes de fortuna logra erigirse un ducado compuesto de antiguos pequeños señoríos en el Milanésado; estos tiranos eran típicos; políticos consumados, afectos á las construcciones colosales, adoradores del arte, amigos de los hombres inteligentes, sin piedad, sin nociones morales, los Matteo, los Barnabo, los Giangializzo, sólo tienen semejantes en los grandes ejemplares patológicos del imperio romano. Los Viscontis eran los jefes de la aristocracia gibelina; Florencia era güelfa y democrática, Pisa era gibelina y liberal, sobre todo, ¡la infortunada y noble Pisa, anatematizada cruelmente por el Dante! Pero todavía en el siglo XIV era una gran ciudad mercantil, aunque ya superada por Génova, que á pesar de las terribles discordias de sus Dorias y sus Spínolas, y recurriendo frecuentemente á jefes extranjeros á quienes ya denominaba *doges*, como Venecia, disputaba á ésta el imperio del mar en Levante y luchaba con ella en el fondo del Ponto Euxino, en las aguas del Egeo ó en el Adriático mismo en donde estuvo á punto de asestar á su rival un golpe mortal. Pero Venecia sacaba fuerzas de su vigorosa constitución, cada vez más estrecha, más oligárquica, reducida por último al gobierno de una inquisición de Estado, el Consejo de los Diez, que procedía y ejecutaba en secreto y que alguna vez hizo decapitar á un dux conspirador [Marino Faliero]. Al Sur, en Nápoles, los angevinos de Hungría y los napolitanos se disputaban el trono cometiendo crímenes espantosos.—Sobre esta Italia, “casa de dolores, nave sin nauta en hórrida tormenta, no reina, lupanar de las naciones” (Dante) se proyectaba á veces un espléndido y puro destello del sol del arte; Petrarca, el divino cancionero, que inmaterializó su amor por Laura de Noves, disolviéndolo en átomos que perfumaron la atmósfera de su siglo; el soñador de una Italia pacífica y grande; el que aconsejaba la bondad á los tiranos y á los papas la vuel-

ta á Roma; el emperador intelectual de su época, ante quien doblaron la cabeza emperadores y papas y tiranos; el coronado, al fin, en el Capitolio, vestido de púrpura, como un César, Petrarca fué ese destello del genio de Italia.

Corría ya la segunda mitad del siglo XIV; los papas parecían querer perpetuar en Avignon que habían comprado á Juana de Nápoles y que llenaban de suntuosos edificios; allí rodeados de sus cardenales franceses y sometidos á la voluntad de los reyes de Francia, gobernaban la Iglesia, entre Francia, devorada por la tremenda *guerra de cien años* con Inglaterra, que los pontífices, por más que lo intentaron fueron impotentes para aplacar, é Italia, hirviendo de tiranos, de tumultuosas demagogias, de gérmenes de heregía, como la de los *fratticelli*, mínimos de San Francisco que predicaban la religión evangélica libre, como el fundador la había predicado, sin conventos y sin riqueza; estos pobres predicadores murieron á centenares en las hogueras de la inquisición. Los pontífices enviaban sus legados á la Romaña, para mantener en la obediencia sus Estados; algunos de estos legados fueron ó militares de primer orden como el cardenal Albornoz, que ensanchó y pacificó por la fuerza el patrimonio de San Pedro, ó verdugos implacables que asesinaban poblaciones en masa, como hizo el cardenal Robert de Ginebra [el futuro anti-papa] en Cesena. Roma, clamando por la vuelta de su obispo, pero llevando una vida tumultuosa en sus calles y plazas casi desiertas, después de la coronación de Petrarca se había dado por jefe á un arqueólogo inspirado, Nicolás de Rienzo, que explicaba al pueblo su soberanía en las inscripciones y que con el nombre de tribuno llamó á la Italia entera á colaborar con él en la fundación del *buen estado*. Obligado á huir por la facción aristocrática dejó la inmensa y teatral decoración de que se había rodeado, y solo volvió patrocinado por el legado Albornoz, pero al fin fué asesinado en 1354 por el veleidoso populacho.—Los papas de Avignon ó habían sido muy inteligentes, muy enérgicos, pero poco escrupulosos, como Juan XXII, el gran protector de las letras y las ciencias, que convirtió á Avignón en un banco en que se vendían al mejor postor todos los beneficios eclesiásticos del Occidente, ó se declaraban árbitros de la corona de Alemania, á lo que este reino se resistía vigorosamente, ó como Clemente VI, cifraban toda su solicitud en enriquecer á su familia, pero caritativos y humanos, concedían en el condado de Avignon un asilo seguro á los infelices judíos implacablemente perseguidos por

donde quiera, ó buenos y tímidos como el último, Gregorio XI, se decidían á renovar la tentativa de volver á Roma, que uno de ellos, Urbano V, había logrado realizar sin poder persistir en ella.—Florenia, que al mediar el siglo había dado su nombre á una de esas terribles epidemias que el Oriente enviaba con frecuencia á Europa y que diez-maba ó quintaba las poblaciones y en cuya negra corriente de dolor y de miseria Boccaccio se había reservado una isla de gracia y de placer, Florenia, la ciudad güelfa, infiel á sus antiguos afectos, se había declarado con fiera energía enemiga del papa y éste había contestado con la suspensión del culto, con anatemas y entredichos. Para avenir á la ciudad y al pontífice, se puso en camino para Avignon una monja dominica de Siena, Catarina Benincasa, célebre ya en Italia, por sus visiones, por su inteligencia y la inmaculada pureza de su vida. Santa Catarina de Siena, adquirió tal ascendiente sobre el dulce Gregorio XI, que se puede decir que gobernó la Iglesia; portavoz de Italia, la monja logró convencer al Papa de la necesidad de su vuelta á Roma; hizolo así el afligido Gregorio y murió á poco.—En medio de la multitud exaltada hasta el frenesí por los directores de la comuna que tocaban á rebato en todos los campaniles de Roma, los cárdenales trémulos de espanto, bajo las amenazas de aquel pueblo que les prometía “hacer más rojas sus cabezas que sus capelos,” si no nombraban un papa italiano, el cónclave eligió á un obispo italiano que fué Urbano VI; este hombre intratable y feroz, que había de asesinar á sus cardenales, después de tenerlos metidos seis meses en cisternas inmundas, provocó una protesta y á poco el nombramiento de un anti-papa por la mayoría de los cardenales á quienes debía su elección, que, según ellos, era hija de la violencia. El nuevo electo fué Roberto, el matador de Cesena, que tomó el nombre de Clemente VII y se refugió en Avignon [1378]. El Cisma de Occidente había comenzado.

3. La cristiandad se dividió en dos fracciones; Francia se puso del lado de Clemente, Alemania é Italia del de Urbano, y la lucha se prolongó; podía preverse la formación de iglesias nacionales si duraba indefinidamente aquella situación. Pronto empezó á dibujarse la fisonomía de un tercer partido, que pedía la reunión de un concilio universal para terminar el cisma y al frente de ese partido se colocó la Universidad de Paris, aun poniéndose en desacuerdo con los monarcas. Varios papas italianos sucedieron á Urbano; al ser nombrados prometían hacer cualquier sacrificio para terminar la violenta situación de

la Iglesia, pero una vez papas, su conducta era ambigua. Al papa de Avignon sucedió el inteligente y tenaz cardenal español, Pedro de Luna; éste sí se propuso no ceder; se trataba de que ambos papas abdicasen, para que los cardenales reunidos nombrasen un tercero; Luna tergiversó, pero jamás estuvo en su ánimo dimitir. Sin embargo, la voz de la cristiandad occidental era unánime; por varias partes apuntaban serias heregías; la Iglesia de Francia se sustraía de la obediencia al papa y se declaraba neutral. Por fin, en 1409 un concilio general se reúne en Pisa, convocado por los cardenales disidentes de uno y otro bando (vicio de origen que lo hizo ineficaz porque debía haberlo convocado un papa) depuso á los pontífices cismáticos y nombró un papa nuevo, Alejandro V. Este concilio complicó el cisma, porque hubo tres papas en vez de dos; á Alejandro sucedió con el nombre de Juan XXIII un jefe de bandas, “hijo del mal y de la impiedad” como llamaba el papa italiano á Balthazar de Cossa.—La situación era cada vez más grave; en Inglaterra había surgido del seno de la universidad de Oxford, la heregía de Wiclif, el primer protestante, como se le ha llamado con razón, que negaba la supremacía del papa sobre el poder civil y que destruía por su base la institución clerical, afirmando que cada cristiano era su propio sacerdote y negando, en consecuencia, el dogma eucarístico, que hacía del sacerdocio una función singularísima en la Iglesia. Los *lollards*, así se llamaban los discípulos del reformador, conmovieron profundamente al pueblo. En Bohemia, el rito griego había dejado muchos recuerdos y gérmenes de resistencia de la iglesia eslava á Roma; ésta, sin embargo, triunfó de tal manera, que se puede decir, que casi toda la riqueza de la nación tcheque ó bohemia pasó á sus manos, lo que engendró inmensos abusos; la iglesia latina era, en aquel reino, el tipo de la venalidad. Pronto empezaron las predicaciones ardientes contra los abusos, protegidas por el emperador Vatslaf [Venceslao] y el mismo arzobispo de Praga; al entusiasmo religioso que iba ganando á la nación entera se mezcló el odio de los eslavos contra los alemanes, baluarte entonces del pontificado y opresores de los bohemios. La Universidad de Praga fué pronto el centro de la oposición reformista; entonces los estudiantes alemanes la abandonaron y ella fué la piedra angular de la revolución; se puede decir que cuando fué nombrado predicador de la capilla exclusivamente eslava de Bethlem el maestro Juan Huss, la revolución había terminado su período de incubación y entraba en el militante;

hombre tolerante y dulce, empleó su elocuencia en combatir los abusos, y la Bohemia entera, sin distinción de clases, se estremeció á su voz; pronto pasó del combate contra la disciplina al combate contra los dogmas é hizo suya la doctrina de Wiclif, en gran parte, atrayendo sobre sí las excomuniones del clero de Praga y del impío Juan XXIII, pero consolidando á fuerza de virtud su prestigio sobre el pueblo tcheque.—Wenceslao, no tan malo quizás como nos lo pintan los cronistas eclesiásticos, pero ebrio consuetudinario y sujeto á accesos de furor salvaje [en uno de los cuales mató al vicario general Juan de Pomek ó S. Juan Nepomuceno] había sido depuesto del trono imperial por haber querido entenderse con los franceses para terminar el Cisma, y quedó relegado á su trono de Bohemia. Los electores eligieron á Roberto, príncipe palatino, devoto y sumiso al papa italiano; fué el fundador de la Universidad de Heidelberg; cuando murió en 1410 se abrió un período de espantosa anarquía para Alemania; las ligas de las ciudades y los grandes vasallos casi habían roto los vínculos que los unían al imperio; insurrecciones, paso constante de bandas armadas de ladrones, el aumento de poder de los eslavos al Este por la resurrección de Polonia, gracias á la unión de lituanios y polacos y las luchas de los competidores al trono imperial, tal era el cuadro que presentaba el Santo Imperio romano, cuando el hermano menor de Wenceslao, Segismundo, que por su matrimonio con la heredera de la gloriosa casa de Anjou-Hungría, y gracias á la anarquía que también dominaba en el reino madgyar y á las amenazas de los turcos, había ceñido la corona de S. Estéban, Segismundo, fastuoso, manirroto, veleidosísimo, lleno de ambiciones y simpático, pero sin perseverancia y sin genio, obtuvo del papa Juan la convocación de un concilio ecuménico y fijó el punto de reunión en Constanza. Este concilio inmenso convirtió á Constanza en una Babilonia, gracias al séquito que habían llevado el emperador y los príncipes, y los tres patriarcas, veintinueve cardenales, treinta y tres arzobispos, ciento cincuenta obispos y otros tantos abades y priores, amén del poder nuevo, las Universidades, que habían mandado más de trescientos doctores, entre quienes descollaban Gerson, el insigne doctor de Paris, y Huss, el gran predicador bohemio; pero éste no logró figurar en el concilio sino como acusado, á pesar del salvo conducto de Segismundo. El concilio se reunió en 1414 y duró cuatro años. Su primera misión era concluir con el cisma y la llevó á cabo, deponiendo á Juan XXIII, entre otras cosas, por su obs-

tinación en negar la inmortalidad del alma, aceptando la renuncia del papa italiano y destituyendo al testarudo D. Pedro de Luna (Benedicto XIII) que, casi solo, estaba relegado en España. Como consecuencia de estos actos se proclamó la supremacía de los concilios sobre los pontífices. Después de clausurar el Cisma, la misión del concilio era extirpar las heregías; condenó á Juan Huss, en medio de escenas tumultuosas, que subrayaron más aún la virtud suprema de aquella víctima inmolada á la más triste de las creencias de la Edad Media, la de la esclavitud de la conciencia humana; el apóstol tcheque fué quemado y algún tiempo después su heroico discípulo Gerónimo de Praga. A este crimen respondió la Bohemia entera con la guerra de independencia, que conquistó al través de ríos de sangre. El concilio debía, y esto era quizás su papel más interesante, reformar la iglesia "en su cabeza y sus miembros," pero como antes eligió un nuevo papa, Martín V, éste puso toda especie de obstáculos á la realización de esta parte del programa y el concilio se disolvió. Precisamente para calmar la ansiedad de reforma de la iglesia, se reunió más de doce años después el concilio de Basilea, que reconocido y desconocido sucesivamente por el pontífice, proclamó bajo la presión del elemento democrático y universitario, las más atrevidas teorías; mas su resultado final sólo fué producir una agitación inmensa en los ánimos; la reforma debía tener otro origen y distinto carácter. Lo que había concluído en el Cisma y los concilios era el programa teocrático, es decir, la hegemonía política del Pontífice en el mundo medioeval, proclamada por los Gregorios é Inocencios. El poder laico adquiriría una supremacía definitiva en lo temporal y el papa se resignaba á su papel espiritual y de príncipe italiano. La teocracia pudo prestar en determinados casos eminentes servicios á la causa de la civilización, pero llevaba en sí misma el germen de su ruina; capullo de la libertad en sus comienzos, cuando ésta tuvo alas, la envoltura quedó abandonada por inútil y dañosa.

LAS MONARQUÍAS Y EL FEUDALISMO.

(Siglos XIV y XV.)

1. Francia: la guerra de cien años; fin del feudalismo político.—2. Inglaterra: la guerra de cien años; las dos Rosas; fin de la aristocracia feudal.—3. España: los disturbios seculares; la unificación de la monarquía.

1. Felipe el Hermoso tenía dos hermanos, Carlos de Valois y Felipe de Evreux; Carlos, que, al contrario de su hermano, tenía todas las preocupaciones y defectos de un feudal, dirigió la política del hijo de Felipe, llamado Luis el turbulento [*le Hutin*] que en el poco tiempo que reinó [1314-1316] se empeñó en deshacer la obra de centralización de Felipe Augusto y de su padre; persiguió y ejecutó á algunos de los consejeros de su antecesor, esos terribles legistas tan odiados por los feudales; á éstos les devolvió con creces sus prerrogativas y ensanchó las franquicias de las ciudades. De esta reacción feudal fué el alma Valois. A la muerte de Luis X, los Estados generales, decidieron (excluyendo á la hija mayor del rey, Juana de Francia, que luego fué reina de Navarra) que siendo la ley de sucesión del trono la herencia por los varones, era rey el hermano del difunto y Felipe V ciñó la corona; fué este rey un excelente administrador y siguió las huellas de su abuelo, como lo demuestran sus numerosas ordenanzas; por no tener más que hijas le sucedió Carlos IV, hijo también de Felipe el Hermoso, como su hermana Isabel que había casado con Eduardo II, rey de Inglaterra. Con Carlos, muerto en 1328, se extinguió la línea directa de los Capetos directos, que había convertido el exiguo patrimonio de Hugo el fundador, en una poderosa monarquía, que, en el siglo XIII, estaba al frente de la cultura general.—Felipe VI, hijo de Carlos de Valois, fué coronado rey, en virtud del principio que, andando el tiempo, atribuyeron los legistas á la *ley sálica*, el de la sucesión masculina. La ligereza, el amor al placer, el espíritu caballeresco, la ineptitud del padre, reaparecieron en el hijo y en varios de sus descendientes. Empeñado en reyertas con los flamencos, á quienes impuso un conde que detestaban y que estaban organizados por el gran Jacobo Artevelde, burgués de Gante, pronto esta lucha se complicó con otra más terrible; Eduardo III de Inglaterra, reclamó, como nieto de Felipe el Hermoso, el trono de Francia y comenzó la lucha que se llamado *de cien años*, que tenía por causa íntima la imposibilidad en

que se encontraba Francia de constituirse nacionalmente, mientras una parte de su territorio estuviese en poder de un príncipe extranjero, lo que se hubiera conjurado, si Eduardo hubiese ceñido entrambas coronas. Después de algunas campañas, Eduardo venció completamente á la caballería feudal, que combatió desordenadamente y fué hecha pedazos; á consecuencia de esta batalla [Crecy] Eduardo se apoderó de Calais y dominó el mar de Francia, cuyo rey, á pesar de la guerra y de la peste, vivía en torneos y francachelas, mas que tuvo la fortuna, antes de morir, de adquirir para Francia *el Delfinado*. Su hijo Juan, dissipador y temerario como su padre, continuó la guerra con los ingleses y fué vencido y hecho prisionero, haciendo prodigios de valor en Poitiers [1356] por el príncipe de Gales, el príncipe negro, como le llaman los cronistas.—Francia quedó casi sin defensa, gobernada por el príncipe Carlos el Delfín; así empezó á denominarse el heredero del trono. En Paris los Estados generales, gobernados por Esteban Marcel, el prevoste de los mercaderes parisienses, puso, para dar los auxilios que el Delfín pedía, duras condiciones, que entregaban el gobierno del reino á los representantes de los Estados; hubo escenas que parecen el preludio de las de la Revolución, mas el Delfín Carlos, huyó y se propuso conquistar á Paris, que el gran demagogo Marcel había convertido en una comuna soberana, que no volvió á la obediencia del regente, sino cuando el prevoste fué asesinado. Entretanto las grandes compañías inglesas saqueaban el país y los campesinos [los *Jacques*] exasperados, devastaban y desolaban el centro de Francia. La paz de Bretigny celebrada con Inglaterra, cedió á ésta la Guyena y el Poitou (1360).—El reinado de Carlos V es un paréntesis en esta triste época para Francia; fué un protector de las artes y de las letras, por lo que algunos hanle dado el nombre de sabio; fué sobre todo un príncipe prudente; libertar al país de los ingleses, recuperar el territorio perdido, pacificar el reino, eran tres fines que se confundían en uno solo y que Carlos casi consiguió. Bertrand Duguesclin fué su brazo para tantas empresas; acabó para siempre en la batalla de Cocherel con las pretensiones del rey de Navarra, uno de los príncipes más turbulentos de la época que lo llamó Carlos el Malo, y que se creía con derecho al trono de Francia; agotó la fuerza de los ingleses en hábiles campañas, sin batallas campales y logró sacar de Francia las grandes bandas de foragidos que había procreado la guerra, y que, sin ocupación en las treguas, asolaban al país. El condestable Duguesclin las llevó á Espa-

ña á tomar parte en las sangrientas discordias fraticidas que conmovían á Castilla, poniéndose del lado del bastardo de Trastámara, mientras de parte del rey legítimo se ponía el príncipe Negro; en la segunda expedición el bastardo mató á su hermano y la nueva dinastía, aliada del rey de Francia, ayudó no poco á destruir en el mar á los ingleses. Cuando Carlos murió el reino se había repuesto.

Por desgracia, dejaba un hijo en menor edad (Carlos VI) y sus tíos, que eran los grandes feudatarios, se encargaron de la tutela y emplearon las fuerzas de Francia en ensanchar sus dominios; así el duque de Borgoña, que se hizo conquistar el condado de Flandes contra las valientes comunas insurrectas, y convirtió su ducado, con la anexión de Bélgica y los Países Bajos, en una potencia de primer orden. El pillaje más desenfrenado de los fondos públicos, trajo insurrecciones considerables en París y las provincias; el rey, casado con la perversa Isabel de Baviera, perdió la razón; su hermano, Luis de Orleans, fué asesinado por orden de Juan sin Miedo, el nuevo duque de Borgoña, y la guerra civil estalló, con una terrible revuelta de los gremios de París, fomentada por los borgoñones y sofocada por los armañagues, que así se llamaban los partidarios de los Orleans, acaudillados por un barón del mediodía de Francia, Jacobo de Armagnac.—El rey de Inglaterra, el segundo de la dinastía de Lancastre que había suplantado á los Plantagenets, Enrique V, aprovechó esta coyuntura para bajar á Francia; los franceses le hicieron frente en Azincourt y aquellos paladines vestidos de fierro fueron vencidos y destrozados de nuevo por los archeros ingleses; la caballería feudal no servía ya para la guerra, el feudalismo agonizaba por ende. Después de Azincourt, el reino se disuelve; el terror reina en París, la epidemia y el hambre en el reino; Isabel de Baviera entrega al vencedor á su marido loco y á su hija Catarina, y lo reconoce heredero del reino, excluyendo al Delfín fugitivo, que lejos de calmar la guerra civil hace asesinar á Juan sin Miedo, obligando al nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, á aliarse definitivamente con los ingleses, que pronto son dueños de casi toda Francia hasta el Loire, sin contar la Aquitania. Enrique V muere, pero le sucede en Francia un gran militar y hombre de Estado, el duque de Bedford; poco después el pobre rey loco de Francia muere también (1422) y su nieto Enrique VI es proclamado rey de Inglaterra y Francia. Seis años después, cuando los franceses hubieron sufrido multiplicados desastres, el regente Bedford ordenó el sitio de Orleans, que

era el postrer reparo del Delfín, que había sido reconocido ya como rey con el nombre de Carlos VII. Por entonces se presenta en la corte de aquel monarca infortunado una pastorcilla de Lorena, que se creía enviada de Dios y de los santos de su devoción que hablaban con ella y le hacían oír misteriosas voces; Juana Darc, que así se llamaba, objetivaba inconscientemente un fenómeno subjetivo; la voz que oía era la que resonaba en su conciencia, era "la piedad para la pobre Francia," era la Patria que nacía en su corazón y encarnaba en su cuerpo virginal y puro. Juana hizo milagros; desbarató á fuerza de entusiasmo el asedio de Orleans, hizo coronar al rey en Reims y quiso retirarse; á instancias del rey permaneció en el ejército y poco después fué hecha prisionera y entregada por los borgoñones á los ingleses. La soldadesca inglesa la aborrecía; para aquellas turbas era una hechicera, era preciso que muriese. Su proceso es un monumento gigantesco de la iniquidad humana; la santa niña de Donremy condenada por la Iglesia fué martirizada en Rouen, en 1531; la Francia entera la lloró; la historia le ha levantado un altar.—Poco después, reconciliado Carlos VII con el duque de Borgoña y dueño de París, de Rouen, de Burdeos al fin, la lucha de independencia queda consumada; en 1453 los ingleses no conservaban más que Calais; la guerra de cien años había terminado. De ella salía la monarquía vigorosa como nunca y el feudalismo herido para siempre; el rey tenía en sus manos los dos agentes que debían de consumir su ruina: un impuesto permanente, recaudado por medio de una administración sabiamente centralizada, y un ejército permanente, pagado por el rey y sólo al rey devoto; la ayuda feudal no tenía razón de ser. Y como este ejército estaba armado de artillería y luego de fusiles, ni el castillo ni la armadura feudal podían resistirle; era, pues, una institución, el feudalismo, que moría en su espíritu y materialmente; la nueva edad había llegado; la nación francesa, obra de la monarquía y del pueblo, de Carlos VII y Juana Darc, entraba en escena.

2. Hemos dejado á Eduardo I de Inglaterra, organizando el reino, constituyendo el parlamento y empeñándose en la conquista de Escocia, donde murió en 1306. Eduardo II, débil y necesitado siempre de un favorito, tuvo un reinado tormentoso; la miseria del pueblo y la anarquía llegaron á su apogeo; los barones lograban alguna vez matar al favorito y hacer reconocer su tutela sobre la corona; otras veces eran vencidos y Escocia consolidaba su independencia. Por fin una conspi-

ración de que fué el alma su esposa misma, tuvo por consecuencia la destitución del monarca y el coronamiento de Eduardo III, que siguió las luchas con Escocia, pero que, desde los comienzos, manifestó la energía heredada de su madre, la hija de Felipe el Hermoso. En aquella época la fusión entre los conquistadores normandos y los conquistados era ya absoluta; la lengua francesa dejó de ser oficial; todas las clases hablaron el inglés y apareció con Chaucer y sus cuentos, imitados de Bocacio, una literatura nacional.—Sus compromisos con los flamencos, en guerra casi constante con Francia y profundamente unidos en intereses á los ganaderos ingleses, lo impulsaron á tomar la actitud de reclamante de la corona francesa, como hemos visto ya. Crecy, Calais, Poitiers, pusieron una buena parte del reino en sus manos; sus victorias fueron populares, porque la vencida fué en realidad la caballería feudal y los vencedores los siervos y villanos al servicio del rey. La paz de Bretigny le dió la Aquitania entera, en cambio de su renuncia á la corona de Francia. Pero durante el reinado de Carlos V en Francia tornaron á perder los ingleses casi toda su conquista, y el Parlamento, ya dividido en dos cuerpos, los nobles ó lords y la pequeña nobleza rural, los campesinos libres y los burgueses reunidos bajo la denominación de *comunes*, que se consagraban especialmente al voto del impuesto, tomó en sus manos el gobierno del reino. Cuando Eduardo III murió, el joven Ricardo II (el hijo del malogrado príncipe Negro) encontró una situación espantosa; los campesinos rebeldes contra el sistema opresor de los grandes propietarios y exasperados por la peste de Florencia, que se cebó horriblemente en Inglaterra, insurreccionaron el país entero y se apoderaron de Londres, dirigidos por predicadores comunistas; la rebelión fué ahogada en sangre; en esta represión, el Parlamento, en donde dominaban los grandes propietarios, se mostró implacable y el rey tolerante y previsor. Por desgracia para Ricardo II, al cabo de algunos años su administración tenía por enemiga á la nación entera; había enojado á los nobles por su conducta pacífica respecto de Francia, á los propietarios por rehusarse á sancionar sus iniquidades contra los artesanos, á los mercaderes por sus exacciones y á la iglesia por la protección que acordaba á los *lollards*, discípulos del gran heresiarca Wiclif. Su primo Enrique de Lancaster se puso á la cabeza de una revolución que lo obligó á renunciar á la corona y con Enrique IV la casa de Lancaster subió al trono.—Los nobles, para quienes la guerra sólo era una profesión lucrativa

habían ayudado á Bolingbroke, como llamaban á Enrique de Lancaster, á escalar el trono con tal de que promoviese nuevas guerras que les permitiesen saquear el hermoso país de Francia, y el alto clero se había puesto de su parte con la condición de que extirpara la heregía á sangre y fuego, á fuego sobre todo. El Parlamento estaba ahí para vigilar el cumplimiento de este programa que Enrique IV llevó á cabo cuanto las revueltas interiores se lo permitieron. Su hijo Enrique V, admirable y enérgico capitán, dió cima á ambas empresas, respetando siempre al parlamento; los *lollards* perseguidos, á pesar del patrocinio de individuos eminentes de la nobleza, desaparecieron á manos de los soldados y los inquisidores; algunos años después no quedaba uno solo, no obstante el valor y el heroísmo de muchos. La guerra de Francia era una empresa injusta en sumo grado, las pretensiones de Enrique V á la corona absurdas y sus exigencias de territorio y dinero inaceptables; pero los barones la anhelaban y el rey también, como guerrero y como cristiano; se creía en el fondo de su exaltación mística llamado á castigar á Francia por sus pecados; la torpeza de la táctica feudal le aseguró la espléndida victoria de Azincourt y en una serie de campañas la conquista de la Francia septentrional; cuando Enrique murió á los treinta y cuatro años, era heredero reconocido del reino de Francia y aliado del duque de Borgoña, que ansiaba vengar el infame asesinato de su padre. La regencia del duque de Bedford mantuvo á Francia en la sumisión, pero después del fracaso de Orleans debido al entusiasmo que había comunicado á los franceses la célebre Juana Darc, todo fué contratiempos; Bedford muere en 1435 al mismo tiempo que el duque Felipe de Borgoña se reconcilia con Carlos VII y algunos años después Francia estaba plenamente reconquistada.

El resultado de la gran lucha había sublevado á la Inglaterra entera contra su gobierno; los negociadores de las últimas concesiones al rey de Francia fueron ejecutados ó asesinados; la insurrección estalló en el Sur, lleno de corsarios y mercaderes enriquecidos con los despojos de Francia y los rebeldes llegaron á apoderarse de Lóndres momentáneamente. Enrique VI, parecía haber heredado la incapacidad de su abuelo; era un monje, más bien que un rey; su esposa, hija del caballero y poeta René de Anjou, que gracias al matrimonio de su hija Margarita tenía un territorio disponible en Francia, era mujer altiva y dominante; los herederos de las familias reales, los de la casa de York,

que tenían quizás más derecho al trono que los Lancaster, y otros, acechaban la presa y se la disputaban con las armas en la mano; cuando Enrique VI tuvo un hijo, el duque de York, dueño del poder, logró una declaración del parlamento que lo proclamaba heredero con exclusión del príncipe de Gales; los partidarios de la casa de Lancaster respondieron con la guerra que se ha llamado *de las dos rosas*, porque los de York enarbolaron la rosa blanca y los de Lancaster la roja. Fué una lucha espantosa; en 1460 el duque de York vencido fué decapitado; uno de sus hijos, niño aún, cosido á puñaladas; pero Londres permaneció fiel al hijo mayor de York, al príncipe Eduardo. Una serie de matanzas y de crímenes diezmaron la nobleza inglesa. En medio de tanta ruina se alza poderosa la familia de los Salisbury con su jefe Warwick, *el fabricante de reyes*, grande por sus inmensos dominios, sus numerosas alianzas y sus altas funciones; él puso en el trono al duque de York, Eduardo IV y gobernó el reino. El rey era su rival secreto y mientras Warwick se aliaba á Francia, él emparentaba con el duque de Borgoña; entonces *el fabricante de reyes* se volvió contra su hechura, se puso del lado de Lancaster y obligó á Eduardo á refugiarse en Borgoña, pero éste pronto vuelve á Inglaterra, vence á Warwick que muere, captura á Margarita de Anjou y hace perecer al infortunado Enrique VI y á su pequeño hijo. La monarquía entra con Eduardo IV en un período nuevo; la guerra civil, feroz como había sido, había perjudicado poco á las clases trabajadoras; en cambio, había casi extinguido á la alta nobleza; por eso, en su gran mayoría, los actuales nobles ingleses descienden de caballeros de inferior clase ó de burgueses ennoblecidos. Eduardo IV, sin los tradicionales enemigos de la monarquía, y apoyado incondicionalmente por los Comunes gobernó á su antojo. Inglaterra poseía en la época lancasteriana sus dos cámaras, frecuentemente reunidas, con derecho de legislar y votar los impuestos; la inviolabilidad de la libertad personal ó *habeas corpus* y la responsabilidad de los gobernantes. Todo esto se suspendió con Eduardo IV, que con los ministros de su consejo real legislaba, solicitaba los impuestos como dones á los industriales y mercaderes, corrompía los colegios electorales y hacía perfectamente inútil el Parlamento. La causa de este eclipse de las instituciones libres consistió en la desaparición de los feudales, que veían la libertad como conquista suya; en el rebajamiento del clero después de la conmoción de los *lollards* y en el advenimiento de los ricos burgueses que todo lo sacrificaban á la

paz, condición de prosperidad para su industria y su comercio.—A Eduardo IV, que dejó dos niños, sucedió un usurpador, su hermano, el duque de Gloucester, que se hizo nombrar protector del reino y luego rey por el Parlamento con el nombre de Ricardo III, inmortalizado por Shakespeare. Hizo matar á los hijos de su hermano y ávido de popularidad, protegió las letras y las artes, emancipó á los siervos en los dominios reales y se hizo pasar por liberal; á los dos años lo derrocó una revolución acaudillada por un descendiente de la reina francesa que, viuda de Enrique V, había casado con un simple gentil hombre, un Tudor; en este caudillo se reunían la sangre de Lancaster y de York y Enrique VII pudo adornar sus banderas con las dos rosas; con él comenzó la dinastía de los Tudors (1485).

Las instituciones libres comienzan un sueño de cerca de dos siglos, pero no mueren. Inglaterra había llegado á ellas gracias á estas circunstancias: los grandes terratenientes posteriores á la conquista normanda, como no tenían estados sino propiedades, á diferencia de los terratenientes franceses, que eran reyes locales, para luchar con la enorme opresión de la corona se incorporaron en asamblea política permanente y constituyeron así una aristocracia política, diferente de la continental que sólo momentáneamente formaba coaliciones. En esta aristocracia se heredaba la función por individuos, de donde el mayorazgo ó derecho de primogenitura; en la aristocracia francesa, los feudos se dividían sin cesar entre los herederos, y las familias decaían. La parte inferior de aquella aristocracia, los simples caballeros, se confundió lentamente con la clase de los propietarios rurales libres, casi desconocida en el continente, en donde la mayor parte de la población de los campos era sierva; esta fusión forma una poderosa clase rural, que se educa en los negocios y en las pequeñas asambleas que se llamaban cortes de condado; más aún, cuando estas asambleas casi desaparecen por el ausentismo, los jueces ambulantes recurren á los propietarios libres, caballeros ó no, para formar comisiones gratuitas que se ocupan en todo, justicia, repartición del impuesto, policía, mejoras, etc., por manera que, sin burocracia, se establece en el país una gran clase administrativa gratuita. Cuando el gran consejo se transforma en parlamento, en éste se dibujan los tres órdenes, como en los Estados generales franceses, clero, nobleza y comunes ó tercer estado; pero pronto las afinidades que apenas existían en Francia y aquí eran poderosas, confunden al clero y la alta nobleza, que deliberan y votan aparte, y á las clases rurales y á los burgueses que forman otro cuerpo, los *comunes*; así se estableció el equilibrio en el parlamento y la compensación en la cámara baja, ó contra la oligarquía, aliándose al rey, ó contra la tiranía, aliándose ambos cuerpos. Si el rey triunfa con los Tudors es porque el equilibrio se rompe, porque no hay cámara alta, la nobleza se ha suicidado en la guerra civil; mientras se forma otra pasan dos siglos.